

# LA SABINA Y SU SIMBOLISMO

ANDRÉS ORTIZ-OSÉS

Reconozco que había cogido algo de miedo a J.L. Borau a raíz de su film «Furtivos», tan celebrado por lo que yo calladamente llamaba el sadomasoquismo nacional y tan recio y superrealista para mí por la terrible presentificación del terrorífico, fálico, desgarrado arquetipo de la Gran Madre que encarna y descarna Lola Gaos. La asediante compresencia de esta Madre-Harpía seca y sin leche —disecado espectro de una vida mortífera— había hecho imposible en dicho film la ritualización, exorcización y transustanciación de lo matriarcal-femenino visto en su inmediatez o puridad negativa y, por ello, inmetamorfoseable positivamente. Con este horror inmanente me adentré una noche, bien pertrechado y preparado, en el laberinto de «La Sabina» para darme, inmediatamente cuenta de que el realismo mágico de «Furtivos» se reconvertía aquí en un magicismo real, o sea, en un simbolismo dentro del cual el *arquetipo de la Gran Madre o*, si se prefiere, el misterio numinoso de lo Femenino reaparecía en una tonalidad diferenciada, rica en color, intermediada por una composición fílmica espectral: La Sabina no es ya simplemente el misterio tremendo de la muerte, sino también el misterio fascinante de la vida o, al menos, de una muerte transfigurada. O vida y muerte como «Suerte» suprema (Sors, Moira, Destino, Sortilegio): Eros y Thanatos.

Pero vayamos por partes. El film nos ofrece a un primer nivel semántico, la contraposición de dos culturas entendidas como dos formas de vida, dos experiencias antropológicas fundamentales, dos modos de entenderse el hombre con su mundo: la experiencia *patriarcal-racionalista e individualista* típicamente europea, personificada en el personaje liberal inglés, y la experiencia *matriarcal-magicista y comunalista* de la vida, encarnada por la personalidad hispano-andaluza del personaje de Angela Molina. A mi indígena modo de entender, se trata de la composición in oblicuo de dos culturas históricamente enfrentadas

que, si bien parecen necesitarse en teoría y en la práctica mutuamente, de hecho han discurrido/discurren paralelamente o bien, cuando se intersectan, lo hacen conflictiva y destructivamente. En el film, la mentalidad anglosajona representa toda una axiología, estimativa o valorativa secular, realista-mercantil, protestántico-nórdica, con la positividad de su sociedad progresivo-liberal (iluminista o ilustrada) y la negativa de su vacío existencial, angustia vital o, dicho en lenguaje ordinario, aburrimiento. La otra mentalidad, la hispanoandaluza o sudista-católica ofrece la contrapartida positiva y negativa a su vez: por un lado, lo religioso-mistérico o mágico-mítico, el idealismo metafísico o trascendental y la comunalidad o enraizamiento cósmico-telúrico-terráceo; por otro, el aislacionismo y un fatalismo cuasi arábigo. Creo que es mérito esencial de J.L. Borau el haber contrapuesto no dos estructuras puras sino complejas: el suave *patriarcalismo* vigente de la civilización indoeuropea de signo benigno-matriarcal y el *patriarcalizado matriarcalismo* ambiguo de la cultura hispanoandaluza. Parece como si a cada cual le faltara o fallara lo que el otro ostenta. El film parece convocar así nuestra fantasía crítica a aquella topología ideal del sentido en la que se realizasen utópicamente las nupcias místicas del matriarcalismo andaluz y del patriarcalismo anglosajón, de thanatos, y eros, de pathos y logos, de razón vital y razón instrumental. Pero he aquí que tras convocárselo, fantasiadamente a tales nupcias, el propio film nos aboca a su fin: vagina dentata, muerte de eros, castración ejemplar, incomunicación fatídica, autopérdida masculina en laberinto femenino de La Sabina y sus flujos e influjos.

Este final parece, pues, revocarnos al inicio: «Furtivos» y su arquetípica Mujer-Madre fatal. Pero hay una diferencia esencial, como dije: mientras que la seca Madre inturgente de Furtivos es negativa sin más meditaciones ni matices, La Sabina es ambigua, positiva y negativa, lugar de emergencia de la vida y su ascensión o muerte, principio de placer y límite del sentido (transgredirlo implica recaer en la locura, o manía o posesión). Como diría Jung, hay aquí ya un intento de desdoblamiento del arquetipo omnipotente de la Gran Madre en su aspecto tanto negativo de Palpa, Dragón o Arana como positivo de «ánima» protectora, lugar erótico de salida y entrada (retorno al útero materno), emanación y transmigración (1).

Y, sin embargo, no hay duda: también este matriarcalismo aparece más bien como negativo en el film de Borau; o, al menos, como finalmente negativo, tanto para sí como para el patriarcalismo representado por los personajes ingleses. La cuestión está ahora en dar en la clave hermenéutica de semejante «obstrucción» final: en el film, en efecto, maestros protagonistas masculinos acaban atrapados, tapados, embarrados, encallados, fijados o petrificados en los acantilados del peligroso inframundo numinoso de lo *matriarcal-femenino*. Mas, ¿por qué?

(1) Para el trasfondo de mi discurso, ver Ortiz-Osés/Borneman/Mayr, *Símbolos, mitos y arquetipos*, Ed. La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao 1980.

Creo que el crítico aragonés Rotellar puso ya ésto de manifiesto en su recensión en «Andalán»/1980 (verano).

Para saberlo deberemos echar mano del propio psicoanálisis, sobre todo jurgiano, dentro del cual se describen perfectamente las consecuencias fatídicas de una fascinación «alojamiento» o hechizamiento «brujeril» del hombre por parte del arquetipo matriarcal-femenino en su «liamiento» o ligazón negativa. Tal «fijación» detiene el crecimiento humano en un estadio de dependencia infantil, lo que implica además un concomitante componente homoerótico bien patente en el film en la relación entre el protagonista y su amigo inglés (2). Todo ello no es sino consecuencia de una situación en la que, el hombre-varón aparece como subordinado a la Gran Madre de la que no representaría sino su falo: de aquí que la sobredeterminación del arquetipo de la Gran Madre sobre el sujeto varón conduzca a éste a su «sujeción, emasculación y autocastración en honor de la Virgen-Madre (cfr. las escenas filmicas de la Babina-Dragona bajo la imagen procesal de la Virgen María) (3). Esta autocastración se cumple puntualmente en La Sabina: el protagonista, queriendo penetrar demasiado hondo en los misterios del ser, queda atrapado por la *urdimbre* matriarcal-femenina que encuentra en la mudez castrada del «tono» su precipitado simbólico y el precio de tal gnosís o revelación.

Aquí las consideraciones, psicoanalíticas se hacen psicosociales. En efecto, se trataría ahora de saber qué simboliza psicosocialmente semejante imaginaria psicoanalítica. La respuesta parece obvia: la fascinación y posterior fijación o petrificación que inocular («fascinatus» dice «alojamiento») el arquetipo femenino parece aludir a lo que G. Mendel denominara como «*fascinación-fascista*» por la muerte —una fascinación alucinante que encontró en la híbrida figura de Hitler como padre-madre omnipotente su simbolización última y fatal: porque Hitler, en efecto, funge en la obra de Mendel como «madre fálica»— y es sabido que, según parece, fascismo, falo y fascinación remiten a una misma raíz lingüística indoeuropea. En el contexto hispano, la personificación ambivalente y finalmente negativa de la Madre mítica parece enhebrarse con el propio fascismo convivido, así como por sus connotaciones y, en sus casos, asunción por parte de la Santa Madre Iglesia o, transpositivamente a nivel filmico, en la Virgen Madre. En este caso, Borau parecería acercarse con su exorcismo a Saura y su «Mamá cumple 100 años» (4). Pero hay algo más: en el film de Borau, finalmente, se hace preciso sonsacar una especie de metapsicología profunda que, como hilo conductor de ida y vuelta, da cuenta hermenéutica de su trama.

Hilo y trama: urdimbre y tejido. El protagonista recita de camino a su Gruta iniciática final unos versos decisivos: «algún día/con los jirones que de mí han quedado en tus zarzas/alguien *hilará* seda de sangre». El protagonista, efectiva-

(2) Los sacerdotes revelan su ancestral pertenencia-fijación a la Gran Diosa madre portando sotanas (inversión femenina) y tonsurándose o autocastrándose simbólicamente en su honor a través del celibato.

(3) Ver al respecto, A. Insdorf, en «Film Comment», New York, August, 1980.

(4) El *patriarcal-irracionalismo* estaría bien representado no solamente por el franquismo hispano, sino también por ciertas connotaciones heroico-solares en que recaen a nivel intelectual y a pesar de reclamarse pos-franquistas, «*Gargoris y Habidis*», casi una historia «mágica» de España, de S. Dragó, y *Euskadi/Eskilo* de R. Zulaica, por su reinterpretación arbitraria de la cultura vasca.

mente, va a quedar «enzarzado» o hecho jirones por obra y gracia de las zarzaparras, de la Cueva + Madre — Mujer usará para deshilar su tejido vital. Se trata, inequívocamente, del simbolismo matriarcal-femenino del hilar-tejer —la Gran Madre como Parca— en su aspecto involutivo y oscuro-demoníaco: *hilo de sangre*. El por-qué Borau retoma el aspecto liador-ligador de la Gran madre y su hilo thanático y no la urdidumbre positiva —el hilo de vida—, es altamente significativo. Se trata a nuestro entender de una clara referencia a la patética intrahistoria hispana simbolizada y exorcizada aquí como urdidumbre rota y, más en concreto, como urdidumbre matriarcal-femenina negativa. De este modo, nuestro autor ritualiza y proyecta en el protagonista una falla o desgarrón que el antropólogo Rof Carballo ha tematizado como *urdidumbre matriarcal-femenina deficitaria*, proponiendo esta falla como implicadora de la infelicidad e infraternidad española y, añadido yo, del propio exacerbado «machismo» histórico peninsular. El hombre como desgarrón del ser: como desgarrado por el ser.

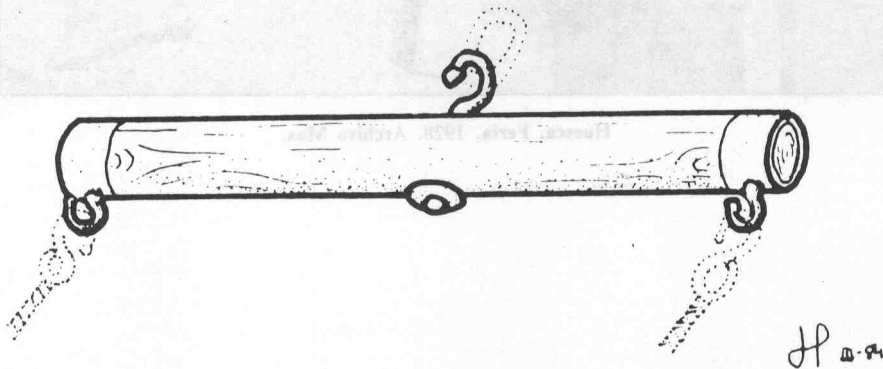
El arquetipo de la Gran Madre, empero, no es solamente negativo sino positivo, no es solamente hilo de muerte sino hilo de vida. Y aquí la ambivalencia de La Sabina nos puede servir para, de acuerdo a la vieja ley de «lo que mata salva o puede salvar», enunciar un discurso capaz de rescatar de su encerrona arquitectónica el arquetipo mítico-real matriarcal-femenino. Pues no conviene olvidar que el *patriarcalismo* vigente e imperante, sea bajo formas benignas o demoliberales, sea bajo formas irracionalistas (5), precisa para su autosuperación de una asunción o recuperación del lado positivo de dicho arquetipo o, si se quiere, de un segundo nacimiento incestivo simbólico-crítico en las aguas madres femeninas devaluadas por el propio patriarcalismo vigente como contaminantes, brujeriles, demoníacas. Quiero decir que hay otra exégesis del matriarcalismo, e.d., un matriarcalismo vital no culpabilizado, patriarcalizado o esclerotizado. Con la actual antropología podemos afirmar, en efecto, que el matriarcalismo estático-metafísico tal y como aparece en versión hispanoandaluza en La Sabina no representaría sino un matriarcalismo tardío y ya *patriarcalizado*. Como mostrara el crítico W. Schmidt en su «Mutterrecht», el matriarcalismo fálico agresivo y castrativo no parece ser sino un producto cultural tardío y degenerado respecto al originario modo matriarcal-naturalista y comunalista de experimentar biófilamente la realidad como invadida de «mana», energía femenina, indar, shakti o kra, dando totalización de sentido al cosmos y a nosotros como protuberancias de él (6). Los propios atributos negativos de la Gran madre —como el de la vagina dentada— recurren a una clara simbólica *patriarcal-masculina* introyectada. El miedo a la Madre-Mujer, para decirlo felliniana-mente, no se corresponde pues, con el originario arquetipo sino con una experiencia culpabilizada y proyectada de él, la cual es sintomática, por cierto, no de «sobredosis» matriarcal-femenina sino, de acuerdo con lo dicho, de una falla o falta de esta urdidumbre constitutiva primaria. Para decirlo sociopolíticamente: si

(5) Puede consultarse al respecto, las obras de R. Graves, *Los dos nacimientos de Dionisio*; ver también, *Lilith*, de M.<sup>a</sup> T. Colonna y L. Cavani, y J. Schreier, *Göttinnen*, así como mi librito *El matriarcalismo vasco*, Ed. Univ. Deusto, Bilbao 1980.

es cierto que los primeros herederos del matriarcalismo descubierto como estructura psicosocial por Bachofen, Morgan y Malinowski fueron simpatizantes nada menos que del nacional socialismo alemán, no es menos cierto que la famosa Escuela de Francfort y socios como E. Bloch pusieron las cosas en su sitio al reclamarse hijos de la Gran Madre y acusar al nacionalsocialismo alemán con un título ganado a pulso: un patriarcalismo fálico-agresivo sin precedentes.

Nuestro propio film nos proporciona pistas críticas al respecto. Pues, en primer lugar y como aduje, La Sabina es no sólo temible sino fascinante (Angela Molina): e incluso representa nuestra salvación in extremis, o sea, cuando ya estamos perdidos. El propio film parece aquí reconvertirse en autocrítico: la muerte es la consecuencia de la no-vida o, más sencillamente, de una vida no vivida. Y —aquí está la clave— no vivida por falla-falta de una dialéctica o dialógica, de una mediación o intermediación entre matriarcalismo y patriarcalismo (intermediación que se podría denominar como «fratriarcal» o «androgina»). Ya por mi cuenta y riesgo, yo diría que esta falla ha de atribuirse a nuestra incapacidad —*patriarcal*— por asumir recreadoramente lo matriarcal-femenino oprimido-reprimido tanto a nivel individual como social.

El incesto con la madre es fatal en «Furtivos» por su inmediatez y realismo. La *Mediación simbólica* de un tal incesto final en «La Sabina» logra dejar una puerta abierta a lo que Jung y Neumann consideraron como único modo de escapar con vida del laberinto de la vida-muerte: ritualizar el inconsciente matriarcal-femenino oprimido por nuestra cultura, darle un rodeo o vuelta simbólica a la muerte (por el arte), asumir creadoramente nuestro inframundo demoníaco y, en definitiva, superar el incesto real por el simbólico. Formas todas de eludir la locura o, mejor aún, de sacar partido de las flores del mal, de las aguas madres peligrosas, de las grutas laberínticas y abismales que constituyen la «pasión» de nuestra existencia y la prueba de su doble esencia constitutiva: la *religación* a la madre-materia viscosa de la vida y la libertad de espíritu.



**TRICALLON:** Para enganchar el trillo y ruello. Madero con brazadoras y ganchos de Hierro. Utilizado actualmente. Secastilla (Hu). J. M. Perqué.

es cierto que los primeros herederos del matriarcalismo descubiertos como estructura psicosocial por Bacholder, Morgan y Malinowski fueron simpatizantes nada menos que del nacional socialismo alemán, no es menos cierto que la misma Escuela de Frankfurt y socios como E. Bloch pusieron las cosas en su lugar al reclamar a hijos de la Gran Madre y aguzar al nacional socialismo alemán con un título ganado a pulso: un patriarcalismo fálico-agresivo sin precedentes. Nuestro propio libro nos proporciona pistas críticas al respecto. Pues, en primer lugar, como vejam, La Sabina es no sólo temible sino fascinante (Angela y la Moira) e incluso representa nuestra salvación al escribirlo o sea, cuando ya estamos perdidos. El propio libro parece aquí recomponerse en sus orígenes.



Huesca. Feria, 1928. Archivo Mas.